

# Estampas del Páramo, TIERRAS de SOLEDAD RECOGIMIENTO y POESIA

Por Neftalí Noguera Mora.

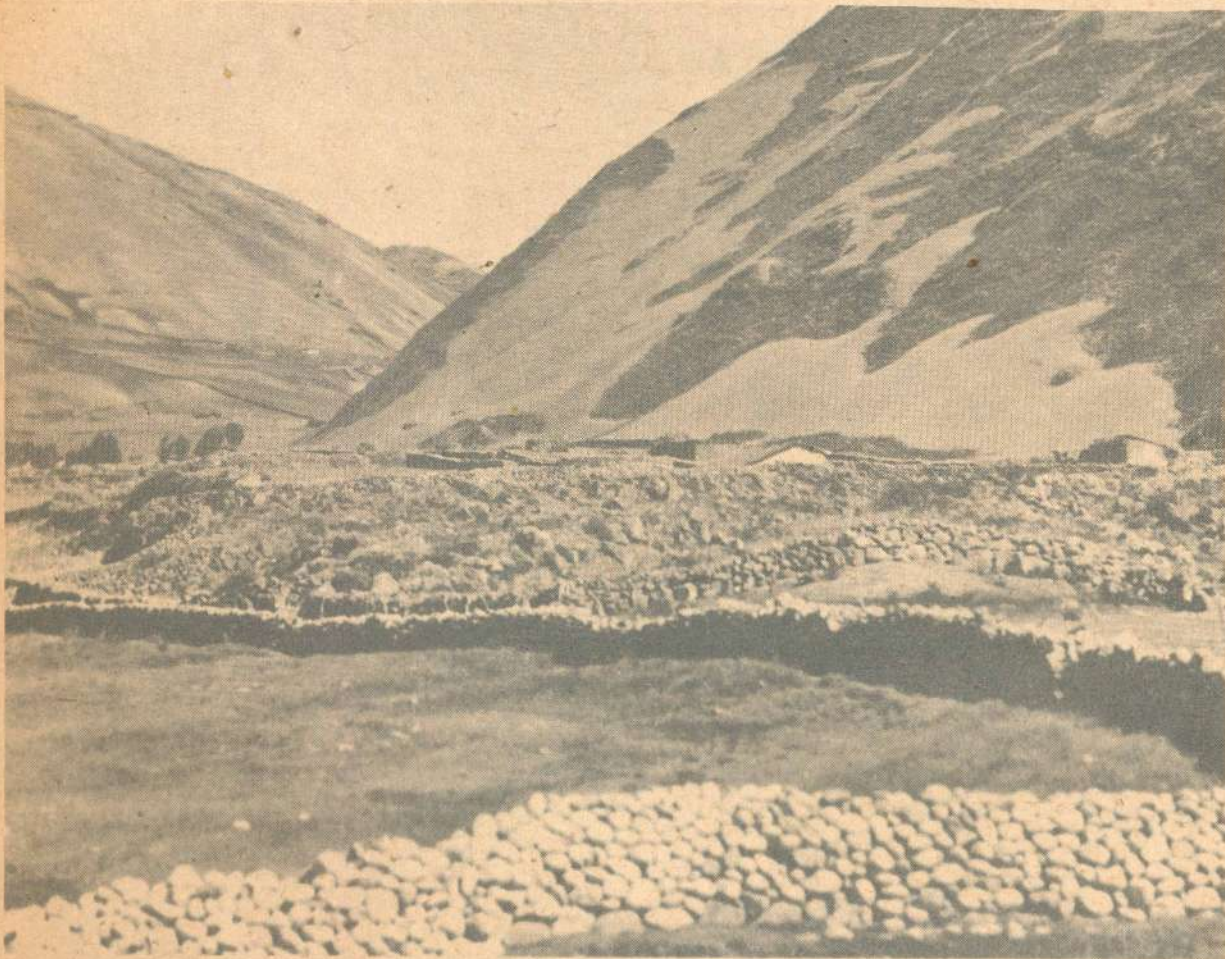
Una oportunidad...

Me la brindan a las mil maravillas los archivos gráficos del maestro Avilán, inimitable artista de la fotografía.

Ordeno el material necesario y comienzo mi ascensión por las veredas empinadas de la tierra húmeda y alta. Un día, la paciente cabalgadura me descubrió la maravillosa visión de esta tierra, pobre de vegetación, pero rica en silencio y poesía. Luego, cuando el automóvil se enseñoreó de las cumbres, el páramo desfiló ante mis ojos en sus más imponentes aspectos como una fascinante visión cinematográfica.

Pero nunca como ahora, a través del recuerdo fresco y emocionado, estoy tan distante y tan cerca de este paisaje clásicamente andino en el que, como dijera un viejo patriarca de la cultura, recientemente desaparecido en el Occidente venezolano, "los cerros, desnudos y altísimos, acumulados al capricho, parecen las ruinas de un mundo en otro tiempo habitado por ciclopes y gigantes".

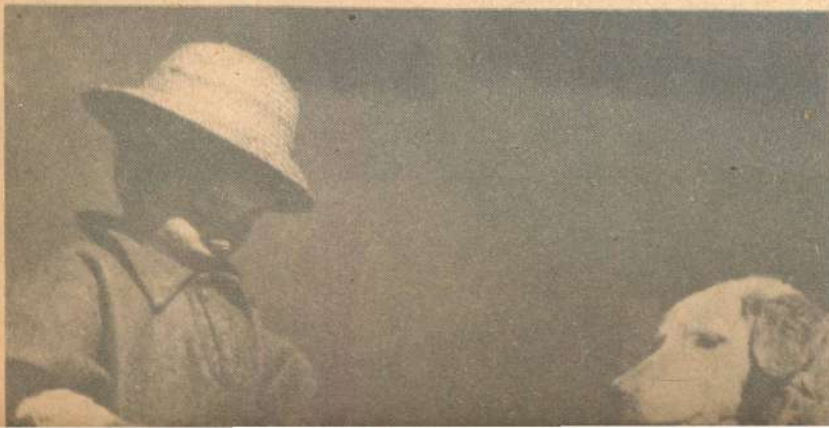
Parecióme que voy de viaje. O más bien de retorno. Debe hacer frío en el páramo. O a lo mejor será la época de la nevada. Pero llevo mi reserva de calor interno. Calor que infunde el amor hacia la tierra, donde a pesar del frío atmosférico, todo es cálido: hasta la cascada que se escurre entre las



↑ Los cerros, desnudos y altísimos, acumulados al capricho...

◊  
← De esta tierra privilegiada salió "Nevado"...

◊  
Los hombres han aprovechado las sabias lecciones de la vida de la tierra.  
Callados como ella. Fuertes como ella... ↓





↑ Los cerros, desnudos y altísimos, acumulados al capricho...

◆  
← De esta tierra privilegiada salió "Nevado"...

◆  
Los hombres han aprovechado las sabias lecciones de la vida de la tierra.  
Callados como ella. Fuertes como ella... ↓





moles graníticas para ofrecerse a la voracidad del turista antojadizo e inexperto.

Por el cauce de la emoción viajera circulan los hombres y el paisaje. Paisaje y hombres. Dualidad inseparable. Un hombre del páramo no podría aclimatarse en otra parte mejor que en su páramo. No podría sentir un amor más grande que el de su páramo. Sumergida la vida entre las rubias eras, sintoniándose a sí mismo en el silbido melancólico del viento.

Páramo silencioso... Picachos imponentes que ofician en el altar de la naturaleza de dioses de la soledad. Desde las cimas, por las vertientes de los cerros, se desprende a raudales el porvenir.

El páramo y sus embrujos.  
Tradición y leyenda.  
Las lagunas.

¿La edad del páramo? Nadie la sabe. Ni él mismo. O quizás sólo él. Pero el páramo es mudo. Su mutismo es motivo para las más extrañas sugerencias.

Quizás en la noche de embrujos y consejas de los timotíes, los mucuchíes y los chamas, se perdió su historia. Hoy tiene que reconstruirla el viajero que escala sorprendido el murallón barroco del Ande. Están echadas las bases del mito. Sólo falta desentrañarlo. La tierra ofrece la comodidad al viajero. Silencio y recogimiento. El silencio engendra fantasía. El recogimiento, posesión del espíritu por el pensamiento. El aire puro, la naturaleza apacible y mansa—casta manse dumbre del frallejón comarcano y el arroyo cristalino—en nada obs-

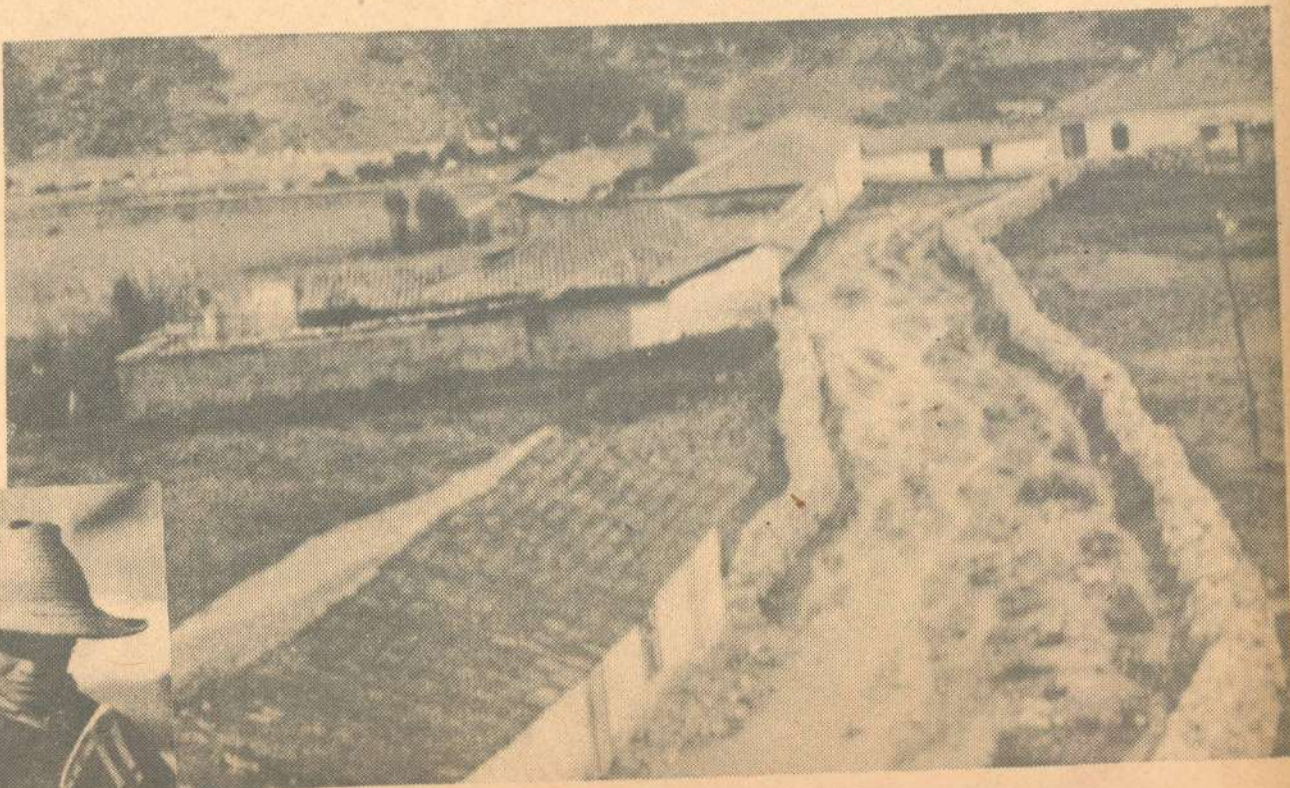
taculizan el vuelo de la fantasía.

Los aborígenes creían en un dios del Silencio. Su actitud era la actitud simbólica del que medita: asentado su trono sobre el risco más alto del Ande, mantenía la frente inclinada sobre el pecho y el índice apoyado a los labios.

La leyenda se ha conservado en todo su rigor. Y cada hombre, huaraño y reservado, que encontramos al borde de la polvorienta carretera, protegido contra el clima por la típica chamarra, nos trae el recuerdo del dios fabuloso, que se encara en el reino de las suaves soledades junto a las mañanas claras con el oscuro porvenir.

□

Los muros de piedra que circundan sus caminos de leyenda... →



↑ El pueblo se queda en éxtasis...





Quizás en la noche de embrujos y consejas de los timoties, los muchachos y los chamas, se perdió su historia. Hoy tiene que reconstruirla el viajero que escala sorprendido el murallón barroco del Ande. Están echadas las bases del mito. Sólo falta desentrañarlo. La tierra ofrece la comodidad al viajero. Silencio y recogimiento. El silencio engendra fantasía. El recogimiento, posesión del espíritu por el pensamiento. El aire puro, la naturaleza apacible y mansa—casta manse-dumbre del frallejón comarcano y el arroyo cristalino—en nada obs-



↑ El pueblo se queda en éxtasis...



← Una revista cayó en las manos de la rosada chiquillería...



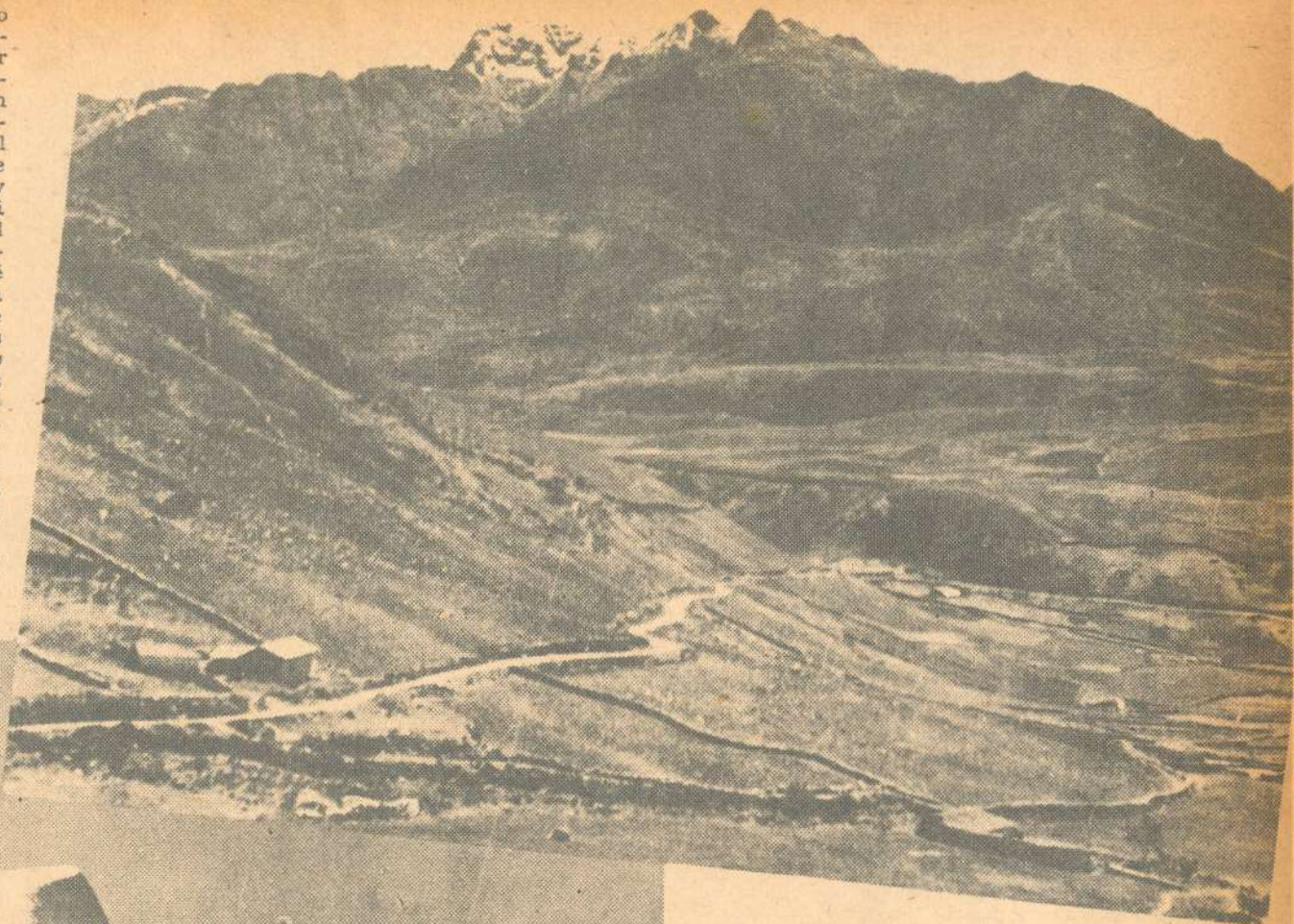
La arepa de trigo es una invitación más al caminante... →





De esta tierra privilegiada salió "Nevado", el famoso perro parameño que acompañó al Libertador de América desde la Campaña Admirable hasta Carabobo, tradición que recuperó la pluma de Don Tulio. Un dueño de finca le hizo el obsequio a su paso por la aldea de Moconoque. Le regaló el perro y un esclavo indio de apellido Tinjacá para que lo cuidara. El perro y el indio fueron un ejemplo de fidelidad jamás igualado. Tinjacá fué conocido entre los oficiales de la tropa libertadora bajo el apodo de "El edecán del perro". Prisioneros durante seis años en poder de los realistas, lograron fugarse después del famoso sitio de Valencia, defendida por el heroico Escalona, y reincorporarse después de grandes penalidades al Ejército Libertador, hasta rendir su jornada definitiva entre el fragor de los cañones de Carabobo.

Cuéntase que cuando el Libertador conoció la muerte de Tinjacá y



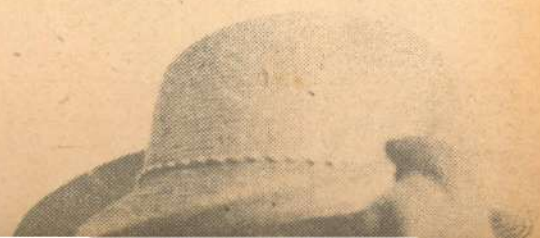
↑ Al centro, la cinta larga y roja de la carretera...



← El viejo violinista del caserío ensaya melodías.



Y florece la risa entre los campos mojados por el rocío... ↓







↑ Al centro, la cinta larga y roja de la carretera...



← El viejo violinista del caserío ensaya melodías.



Y florece la risa entre los campos mojados por el rocío... ↓





"Nevado", sintió humedecerse sus ojos, presa de la más honda emoción.

Desde entonces, los perros del páramo, emulando a "Nevado", se han hecho famosos en Venezuela. Los perros de San Rafael tienen su historia. Como los del gran San Bernardo llevan más de un siglo de tradición.

Y las lagunas... ¿Qué decir de las lagunas? Pasan de cien. Todas de singular belleza. Bordeadas de frailejones, parecieran las novias del páramo con su sedoso cinturón de verde claro. Sobre sus superficies, el cielo es más bueno y más incitador, y no duele la ascensión a los riscos en el espejo de sus aguas. Si no fuera por el frío...

Los nombres abundan. Unos obedecen a la forma y al color. Otros a las hermosas tradiciones de las gentes. Los más conservan su procedencia indígena. La Redonda... La Negra... La del Cristo... La Mistanti... La Corcovada...

"La Negra" porque sirvió de sepulcro a los ideales de un grupo de jóvenes estudiantes, y porque sus aguas son negras, tan negras como los ojos del perro o el chimó.

—¿Y la del Cristo, amigo?

—Oiga, su mercé: al borde de esta laguna un hombre fué a matar

a otro. Al infeliz, amenazado de muerte, no le quedó otro camino que gritar: "Librame, Cristo bendito!" El agresor miró hacia la laguna y vió la santa imagen del Crucificado posada sobre la superficie. Cayó el puñal de sus manos y él de rodillas. Desde entonces, lleva este buen nombre...

Ricas en tradición son las cumbres. Desde aquel día, cuida de los viajeros la imagen del Crucificado.

Las lagunas de los Andes merideños constituyen una verdadera atracción. Antes estaban despobladas de peces. Hoy la trucha se multiplica considerablemente, aumentando de esta manera la variada fuente de recursos del montañés.

**Casta placidez de la cámpña callada. Las gentes en actitud de espera. Una arepa de trigo y una totuma de leche fresca. ¿Imaginábamos así el páramo?**

Contemplando la imponente de esta tierra y observando la vida de sus hombres, se entra en contacto con el ritmo. Ritmo que se apodera de la existencia bucólica de las gentes y que parte desde el nacimiento de la fresca cascada hasta llegar a la vega. Rítmico vaivén de los trigales que ondean al viento su



Fijado el menúdo cuerpecito del "ángel" a la cruz de madera... →

Y yo le digo al muertico lo que le debo decir: que venga todas las noches los campos a bendecir. ↓





Y yo le digo al muertico  
lo que le debo decir:  
que venga todas las noches  
los campos a bendecir. ↓

Fijado el menu-  
do cuerpecito  
del "ángel" a  
la cruz de ma-  
dera... →





< Mientras el cuchillo se desliza entre la corteza de la papa...



El domingo habrá doble fiesta en la iglesia... ↓

rubia cabellera cuajada de mañanas. Ritmo hasta en la faena trashumante.

Los hombres han aprovechado las sabias lecciones de vida de la tierra. Callados como ella. Fuertes como ella. Los muros de piedra que circundan sus caminos de leyenda y limitan la propiedad en lás parcelas policromas, perfilan con caracteres recios la fisonomía de un pueblo laborioso y bueno.

Seis días dura la faena. El hombre de la tierra fría no tiene sábado inglés. Y se trabaja de seis a seis.

Después del desayuno — ración completa a base de arepa de trigo, sopa de papas, queso y huevos — se ponen las arvejas al fuego y la familia se dirige a los sembrados. Trabajan los grandes y los chicos. Y las mujeres se curvan también sobre los surcos a arrancar los tubérculos de la papa o a segar las maduras espigas de los trigales majestuosos, que han de traer la bendición del pan y el milagro de la

frío y a buen seguro que tampoco habrá frailejones...

Termina el domingo. Y mientras la figura de los hombres se recorta en el trigal, el pueblo se queda en éxtasis, amparado por los dioses tutelares de la soledad.

Pero el fuego queda prendido. La totuma rebotante de purísima leche espera los labios exhaustos del viajero. Y al calor del rescoldo hogareño o sobre el blanquísimo mantel—émulo de las nieves eternas de la Cordillera—la arepa de trigo es una invitación más al caminante.

Entre tanto, el paisaje va pasando ante los ojos del viajero como una cinta del más puro color. Al centro, la cinta roja y larga de la carretera. A los lados, la cinta-visión policroma de la tierra.

Entre las eras, el pacatás de los caballos es un canto al trabajo. Al pie del cerro, el ruido del molino es un canto a la vida.

Recordamos al poeta de "Riscos":





rubia cabellera cuajada de mañanas. Ritmo hasta en la faena trashumante.

Los hombres han aprovechado las sabias lecciones de vida de la tierra. Callados como ella. Fuertes como ella. Los muros de piedra que circundan sus caminos de leyenda y limitan la propiedad en las parcelas policromas, perfilan con caracteres recios la fisonomía de un pueblo laborioso y bueno.

Seis días dura la faena. El hombre de la tierra fría no tiene sábado inglés. Y se trabaja de seis a seis.

Después del desayuno — ración completa a base de arepa de trigo, sopa de papas, queso y huevos — se ponen las arvejas al fuego y la familia se dirige a los sembrados. Trabajan los grandes y los chichuelos. Y las mujeres se curvan también sobre los surcos a arrancar los tubérculos de la papa o a segar las maduras espigas de los trigales majestuosos, que han de traer la bendición del pan y el milagro de la hostia.

Los seis días de trabajo son la preparación para el domingo. Hay que ir al pueblo, llámese San Rafael, Mucuchíes o Timotes. Oír misa de precepto y llevar el mercado. Preparar la carga para el lomo del manso buey o del burro, que han de retornar aligerados con la sal de la semana y los géneros.

El pueblo es el puerto donde sale a respirar el paramero. Mientras el viejo charla gravemente con su compadre y le propone algún negocio, regularmente un "cambuyón", la rosada chiquillería juega en la plaza a la revolución o a la gallina ciega; los menos exaltados hojean las páginas de una revista que cayó en sus manos... Rara curiosidad... ¿de dónde? ¿del Congo o de Berlín?... Que nó! De Caracas! De la Capital! Pero Caracas queda lejos, más lejos que ir cien veces a la casa del Cura y volver... y además... allá no hace

frío y a buen seguro que tampoco habrá frailejones...

Termina el domingo. Y mientras la figura de los hombres se recorta en el trigal, el pueblo se queda en éxtasis, amparado por los dioses tutelares de la soledad.

Pero el fuego queda prendido. La totuma rebotante de purísima leche espera los labios exhaustos del viajero. Y al calor del rescoldo hogareño o sobre el blanquísimo mantel—émulo de las nieves eternas de la Cordillera—la arepa de trigo es una invitación más al caminante.

Entre tanto, el paisaje va pasando ante los ojos del viajero como una cinta del más puro color. Al centro, la cinta roja y larga de la carretera. A los lados, la cinta-visión policroma de la tierra.

Entre las eras, el pacatás de los caballos es un canto al trabajo. Al pie del cerro, el ruido del molino es un canto a la vida.

Recordamos al poeta de "Riscos":

"Gira el molino, gira como si fuera el corazón del cerro.

La aurora—al visitarle— con brisa y aire teje un juego de blondas que agilizan sus giros.

La aurora—al despedirse— le deja entre los brazos la mañana.

Hiladero de vida en la rueca del viento, galán de las espigas del maduro trigal".

El tránsito del "muertico". Interpretación del rústico violín. Edad y nombre del cantaor.

Por los caminos sembrados de rara pedrería discurren las gentes semiocultas entre la chamarra y el sombrero de palma. En los caminos se cruzan. Y charlan. Y florece la risa entre los campos recién mojados por el rocío como florece

(PASA A LA PAG. 65)





la gracia del sol mañanero en las espigas recién amanecidas.

Hemos de pensar que en la madrugada se quedaron eternamente cerrados a la luz de los páramos los ojos vivarachos y tiernos del más gracioso de los hijos del vecino... Del compae...

Hay puntos blancos que se mueven paralelos a las vertientes del cerro. Llegan con la fuente hasta la orilla del río y se detienen bajo el alero viejo, musgoso y acogedor.

Desde el corredor, la música se hace más clara. Más melodiosa. Se percibe lejana. El canto es una invitación al vuelo:

Con el Arcángel Gabriel  
que es el mejor de los ángeles,  
levanta, niño, tu vuelo  
destos oscuros parajes'.

Fijado el menudo cuerpecito del "ángel" a la cruz de madera, curiosamente bordada de frailejones por la habilidad de las hijas de la altura, la fiesta va progresivamente aumentando. Un violín y un cuatro forman la típica orquesta. Y mientras el viejo violinista del caserío ensaya las melodías que le enseñara el abuelo indoespañol, sencillos ramos de flores campesinas ofrendan la lozanía de sus pétalos, próximos a marchitarse en el tránsito glorioso del "muertico".

Entre tanto, en la cocina, prosigue la fiesta. La fiesta campesina del mediodía hogareño en las soleadas de nuestros páramos; mientras el cuchillo se desliza entre la corteza de la papa, las rudas muchachotas, sonreídas y contentas se cuentan... ¿qué se cuentan?... quizás aquellos pecadillos... la siega...

El "miche" ha hecho subir de punto la fiesta. Ya quedará motivo para el cuchicheo vecinal de unos días. Han desaparecido los mejores "piscos" de la casa. Y sabe Dios qué cosas más.

Y el idillio... No podía faltar. Se bebió mucho. Muchísimo "miche". El domingo habrá doble fiesta en la iglesia. Del velorio del "muertico" salieron dos matrimonios más. Pero no detrás de la iglesia, por cierto. En nuestros páramos, el misionero dejó colgando las barbas de un risco.

Con el alba, las gentes se van al cementerio de la aldea a llevar el cuerquito.

Pero el viejo (su edad y nombre no los recuerdo, lo llaman el "musiquiador"), tiene que hacer al menudo viajero la última recomendación:

"Y yo le digo al muertico lo que le debo decir: que venga todas las tardes los campos a bendecir".



Con el alba, se inicia el retorno. Paralelos a las vertientes del cerro, se mueven puntos blancos en dirección a la cima. Han de detenerse junto a las eras y el trigal.

### Atalaya del último cerro

La estampa se hace menuda, casi invisible. Dentro del marco irregular de los otros cerros, la vida es un punto borroso. Difícilmente podrían verse una era, un trigal o un pastor.

Allá lejos, entre la loma y el río, se queda un hombre, un pueblo, forjando su destino. Destino recio e incontenible como los ventisqueros y como las cascadas. Destino del hombre que no desdeña su vida de hondo arraigo telúrico por el desconcierto de la ciudad enfermiza y asfixiante.

Para mirar a Venezuela, basta escalar la cima más alta de los páramos. Para conocer los páramos, hay que acercarse a ellos y dormir sobre la tierra pelada y tomar su pulso acelerado. Celeridad de una tierra que traza rumbos seguros para el porvenir.

La estampa se hace cada vez más menuda. Más invisible. Desde la atalaya del último cerro, que se escurre sobre los caminos del Centro, difícilmente podrían columbrarse una era, un trigal o un pastor.

**Neftalí Noguera Mora.**

Caracas, octubre de 1940.